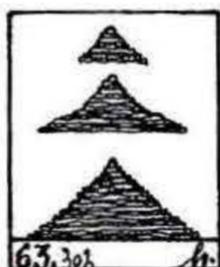


al final, una sublimación inusual de la mujer. La mujer en estos versos es una criatura mítica por cuanto su cuerpo y sus atributos son eternos e inmutables, mística por cuanto acerca al hombre a la divinidad. Su cuerpo sublimado es, pues, el eje del libro, sea la mirada que lo captura griega o japonesa.



El libro cuenta con versos diáfanos, algunos de corte romántico, otros que nos aproximan al amor cortés, otros a los que acaso se les pueda reprochar el tono adolescente. En la ceremonia antigua que recoge uno de los poemas centrales se revela la naturaleza de los cánticos. Es una sacerdotisa la que los profiere; quien los escucha puede enseguida recitar de un envión

*los poemas épicos de Occidente  
los textos sagrados de Oriente y  
toda la poesía de los últimos dos  
[milenios.*

Tengo para mí que la curiosidad voraz de Potdevin es ya algo de lo cual hay que alegrarse.

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

## El humor amor

**No sabes con cuánto gusto te disfruto, impúdica**

Juan Gustavo Cobo Borda  
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, D. F., 1997, 62 págs.

La fragancia de la poesía de *No sabes con cuánto gusto te disfruto, impúdica*, de Juan Gustavo Cobo Borda, es la

misma que exhalan —sobreentendidas las distancias y para hablar en el marco del confort de su autor— las corbatas del prototipo de hombre que hay en T. S. Eliot: esa especie de “profesor Cheetah” que en *El señor Apollinax* —texto del poeta inglés— deja al final de una fiesta solemne, con pulcritud y desenfado “una tajada de limón y un almendrado mordido”, los arquetipos necesarios para ser un completo *empty man*. “Sobreentendidas las distancias” porque, precisamente, si a Eliot lo caracteriza su cerebral y particular impenetrabilidad, a Cobo lo caracteriza la inocencia y, con ella y por ella, la sencillez. Una avidez de naturalidad en la expresión, que bien podríamos atribuir, sin temor a equivocarnos, a las consignas correspondientes al pensamiento contemporáneo. Pienso aquí en la repasada sentencia de Wigenstein: “Todo lo que se puede decir, se puede decir con claridad”. Aunque, en ocasiones, tal llaneza, a Cobo se le torna obtusa y le hace entonces dueño de esta otra máxima que como excepción confirma la del filósofo: “Todo lo que se busca decir con claridad, no siempre se puede decir”:

**VENUS Y ADONIS**  
*Los brazos de Venus  
acogen la muerte  
ya próxima  
y retienen el aliento  
como el amor, en su cima,  
contiene la respiración  
y así dilata  
la magnificencia del goce.*  
[...]  
[pág. 46]

Con todo, quizá Cobo esconda tras la sencillez un articulado orden, propio de lo complejo, que a juicio de otros podría constituir un matiz personal. Sin embargo, lo que me atrae de la comparación (Cobo-Eliot) no es la diferencia sino la semejanza, y si ésta última no es dable encontrarla en las estructuras del poema, en la forma, en el tema, y tampoco en el lenguaje, sí es discernible en el sesgo de ironía que les es común, en el sofisticado humor de salón. Donosura que el poeta Álvaro Mutis encuentra —tal como lo escribió en su carta prólogo a *No sabes con cuánto*

*gusto te disfruto, impúdica*— de “una agudeza donde se presienten esas experiencias de lo vivido, teñidas de una implacable visión de las personas y del mundo”. De igual forma Mutis agrega, más por gentileza que por agudeza, que: “el gran poeta de esta ironía ácida y eficaz, nuestro imprescindible Quevedo, hubiera disfrutado esta nueva poesía”. Con todo, no está de más aclarar que Eliot y Quevedo ponen de manifiesto por sobre el humor sus condiciones de líricos excepcionales y profundos, mientras que en Cobo la inclusión del humor en los matices del vivir cotidiano desde una perspectiva afectiva, y la anécdota, por seria que sea, subordinada a un momento, a un estado de ánimo, son características en las que, más que la facultad literaria, pareciera reinar la voluntad literaria.



Pero además del humor está el amor, también delgado y epidérmico. Las mujeres y el amor, tratados con la vaporosidad del Paraíso y de las Evas. Efectivamente, aquí, más que el juego de los cuerpos está el beso, más que el abrazo anudado las caricias, más que el sabor el olor:

**RASTRO**  
*Tu olor  
—el incontrovertible  
y brutal olor del amor—  
permanece intacto  
mientras los besos  
se volatizan  
en su propio júbilo  
y la humedad  
se hace una con la piel.  
Tu olor, en cambio,  
impregna hasta la médula*  
[...]  
[pág. 27]

Un amor estilizado, a través del cual, Cobo Borda, pretende entender y cuestionar la vida, aunque lo hace desde aquellos momentos en los que suceden las historias. Por ello el sentimiento del amor es en él algo más que una anécdota; es un segmento de tiempo para la introversión. Una hora que —cuando se trata de gozar las delicias— es un simple segundo, pero se dilata implacable cuando se empeña en la reflexión. De modo que el amor le suscita interpretaciones trascendentes acerca de hechos de menor importancia: “Cráneo de princesa egipcia, / al besar tus labios / se besa un enigma. / Pero en realidad acabas de nacer: / una gota de saliva / se funde con la tuya / y engendra el resplandor” (*Decálogo*, pág. 26).

En estos poemas de Juan Gustavo Cobo Borda, están todos los amores: el tímido amor del solo, el soñado o imaginado, el picaresco, el nostálgico de las separaciones, o el del viajero, a quien las distancias abren las puertas del deseo. Pero todo ese amor encierra, además de atracción por las mujeres, misoginia y despecho:

*CUANDO EL AMOR  
SE LLAMA RABIA  
No me gustan las mujeres  
de dientes amarillos  
que hacen el amor  
como vengándose.*

*Aquellas cuya autosuficiencia  
es apenas el reverso  
de la gran duda de su mente.*

*No me gustan las mujeres  
cuyo equívoco encanto  
termina por enervar  
cuanto las circunda.*

*(Una tensión más alta.  
El rencor más frío.)*

*La rabia de no encontrarlas  
cuando sólo las queríamos.*

*Qué larga convalecencia  
para empezar a olvidar  
su tenso dogal  
de lugares comunes.*

*Qué aburrido duelo  
hasta dejar de oír*

*la recurrente monotonía  
de sus historias previsibles.*

*Que la misericordia del olvido  
diluya tal extravío  
y seque este llanto triste.*

*Que la erosión de los días  
desgaste su belleza  
y engrandezca en algo  
la mediocridad de su destino.*

*Paz para su tumba.  
[pág. 53]*

No obstante, en ese amor, humor y sencillez, igual están —como elementos que nutren la atmósfera del poemario— la distancia, el hotel, el equipaje, la soledad, los salones vacíos, la voz impersonal de las recepcionistas, el hombre anegado en la inexorable monotonía de la cotidianidad o el tiempo, que entre los poetas es la monotonía. En una y otra parte, bañados por una película de efectos de luz y dramáticos claroscuros, provenientes de sus alusiones a pinturas y pintores como Tiziano o Rembrandt, aunque Cobo carezca del lirismo romántico de Tiziano, y sus personajes de la intensidad y realismo de las figuras de Rembrandt.

GUILLERMO LINERO MONTES

## La escritura es el otro lado del deseo

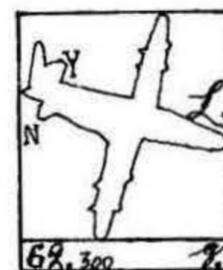
### Palabras entreabiertas

Claudia Delgado

Tercer Mundo Editores, Santafé de Bogotá, 1997, 98 págs.

*Palabras entreabiertas*, poemario ganador del concurso de poesía “Bogotá, una ciudad que sueña” 1995, se presenta como un nutrido cuerpo de reposadas formas. Poesía intimista, que oscila entre un yo dialogante y el otro (o la otra) interpelado o evocado. Yo, tú, él o ella, espejos de una voz lírica que monologa y dialoga en tanto construye el poema. La palabra próxima al habla coloquial

fluye y recorre estos versos siempre en situación de cifrar la imagen y el sentido del gesto cotidiano.



El poemario de Claudia Delgado (Medellín, 1958) se abre con un *Epitafio* y se cierra con un *Testamento*, aunque ello no define el tono del conjunto. El amor es la mayor constante en esta aventura del lenguaje: un amor de erotismo controlado, no sentimental, exento de romanticismo, que no canta sino que más bien cuenta, describe, apela, indaga, reflexiona. El amor a través de los ojos de quien ha tomado la distancia suficiente para calibrar la emoción y encajar las sensaciones en medidos versos: “Esto no quiere ser un canto / si acaso / el canto de una herida lenta / deliberado borde de una negativa // Quiero detenida la palabra / Como un filo que dudara / en los umbrales de la piel” (*Lección de anatomía*, pág. 35).

Esta mirada del amor integra elementos de un universo femenino marcado por la espera, la domesticidad, el desencanto o el vacío, casi siempre sobre un fondo crítico: “Te necesito vivo, amor / Ya remendé la camisa y ya tendí la cama / Escribí cartas y firmé denuncias / Contemplé aterida tantos cuerpos...! / Aprendí a reconocer en otros llantos la medida de tu ausencia” (*Te espero, todavía*, pág. 88); “Yo no pretendía quedarme con tu pelo, / sólo dejé que mi deseo se desenredara en él / Así también te abandoné mi cuerpo / su peso fatigado, su volumen torpe / su pobre anhelo de servirte... // Era pedir mucho, lo sé, lo sé” (*Vigilia del horizonte*, pág. 59).

La identidad entre el amor —el cuerpo— y la escritura —la palabra— no es una novedad en la poesía hecha por mujeres. Claudia Delgado pisa en este terreno sin profundizar en él: “¿Será que si pienso en ti / puedo escribir de